

ANIAN.

Vicinus Septentrionem versus hęc regiones incognitę adhuc sunt.

SEPTENTRIO.

SAGVENAL.

NOVA

TOLM.

TOTO

TEAC.

MARATA

TERLICHICH

CALICVAS.

CAPASCHL.

TAGIL

HISPANIA NOVA

TOVA

Circulus Aequinoctialis

Ins. de las Galegas

De duobus insulis informatae sunt dictę in Mexicano, quod nec homines nec vicini ipsas habuerunt.

Hęc insulam inhabitat esse, sed duobus novis nomen.

AMERICAE SIVE NOVI ORBIS, NOVA DESCRIPTIO.

M. R. S. P. PACIFICUS.

MERIDIES.

Archipelago del C. delgado.

TERRA DE





COLABORACIONES

LAS CLAVES DE LA HISTORIA DE LA GEOGRAFÍA DEL NUEVO CONTINENTE DE HUMBOLDT, SU OBRA MENOS CONOCIDA PERO IMPRESCINDIBLE

Por JOSEFINA GÓMEZ MENDOZA

Emérita UAM, Reales Academias Historia e Ingeniería

Entre 1836 y 1839 se publicaron en París, en francés, dos tomos que contienen cinco libros del *Examen Crítico de la Historia de la Geografía del Nuevo Continente* de Alexander von Humboldt. La obra lleva como primer subtítulo *Historia de los progresos de la astronomía náutica en los siglos quince y dieciséis*, parte que no se llegó a escribir y, como segundo, *La historia del descubrimiento de América*.¹ Es, en efecto, a Cristóbal Colón a quien está dedicado por entero el tercer libro, aunque realmente se trata de él a lo largo de toda la obra, en particular en el libro 1 en el que hay un capítulo consagrado a las ideas cosmográficas del almirante, a los textos greco-latinos que pudieron inspirarle y a la información que pudo obtener, tanto de Paolo Toscanelli como de Martin Behaim y, desde luego, de la lectura del cardenal D'Ailly.

EL EXAMEN CRÍTICO o *Historia de la geografía del Nuevo Continente* es, en gran medida, culminación de la obra americana y anticipación de *Cosmos. Ensayo de una Física del mundo* (1859), ya que introduce reflexiones hechas y resultados obtenidos con motivo del segundo gran viaje del científico, realizado a Rusia y Siberia en 1829.² Ocupa pues un lugar central en la biografía y en la bibliografía de Humboldt.

Dice el gran científico y viajero que dedicó treinta años a la investigación, redacción y publicación de este libro, todo el tiempo que le dejaban sus otras tareas, y que lo hizo, afirma, con predilección y sin desfallecimiento, aunque la investigación resultara árida y laboriosa. Se trata, en efecto, de una obra monumental por la investigación que contiene, las innumerables referencias a textos en muchas lenguas (griego y latín clásicos, alemán, francés, español, italiano, inglés, además del conocimiento de algunas lenguas indígenas, y otros);³ es, sin duda, de difícil lectura, en particular, porque no está dividida en capítulos, solo en dos grandes secciones, aunque se reinicia la paginación al cambiar de un libro a otro. Pertenece también a la forma de escribir de Humboldt el prescindir de criterios de jerarquía, el que no haya epígrafes, solo texto seguido, y muchísimas notas, algunas muy largas, lo que excita aún más el papel del lector y le provoca. Se publica ahora en una edición completa que hemos preparado Miguel Ángel Puig-Samper y yo, con el apoyo de la Fundación Ramón Areces y hemos intentado hacer un libro lo más accesible posible, con libros, capítulos, anotaciones y sobre todo, con índices exhaustivos, incluido uno analítico.⁴

El libro es, sobre todo, una obra extraordinaria por la enorme variedad de cuestiones que aborda, la forma en que las relaciona, la ligazón entre naturaleza y cultura, entre realidad histórica y ficción mitológica, a veces

para desconcierto del lector que tarda en recuperar el hilo. Para el libro es particularmente adecuada la expresión que Ottmar Ette, uno de los mayores estudiosos del autor prusiano, atribuye a la ciencia humboldtiana, el tener un «carácter nómada» y conseguir desplazarse, no solo entre lógicas y discursos científicos distintos, sino también entre tiempos y entre mundos. De hecho, por los treinta años que le dedicó, la *Historia o Examen Crítico* transita sin duda, por todo el universo humboldtiano.

Hay varios hechos que singularizan esta obra: para empezar, es una obra de cosmografía, entendida como descripción en términos geográficos, cartográficos y matemáticos del mundo y, también, como bien dice el título, una obra de historia y de geografía,⁵ de historia de las tradiciones geográficas antiguas, medievales y modernas, cristianas, judías y árabes, también las americanas primitivas; un examen crítico de innumerables manuscritos, documentos, mapas y libros, tanto históricos, como científicos, literarios y filológicos de la época. Contiene la historia de la evolución de las ideas sobre la física de la tierra; las de la relación entre mares y continentes, sus configuraciones y tamaños respectivos (con el análisis de la falsa idea recurrente, que acabó facilitando el descubrimiento, de que las tierras son más extensas que los mares); la astronomía de los dos hemisferios; la ecúmene y la anecúmene, la idea de las antípodas y de la antictonia; observaciones astronómicas, barométricas, geológicas, mineralógicas, hidrológicas, botánicas y zoogeográficas; noticias de navegaciones y hallazgos grecorromanos, viajes medievales terrestres y marítimos modernos; una larga serie cartográfica que fue dando la información y las conjeturas que llevaron a los viajes de descubrimiento; aportaciones etimológicas a la historia y a una supuesta unidad lingüística a partir de hipotéticas descendencias indoeuropeas; intercambios entre



culturas, recuperación de viajes más desconocidos que el de Marco Polo, como, por ejemplo, el de Rubruquis. Todo ello, sin prescindir, por decisión de método, del papel que tienen y han tenido en la formación de las representaciones geográficas y en el desencadenamiento de los hechos, los mitos, las leyendas y las fantasías heroicas, los imaginarios colectivos en sus primeras formulaciones y sus posteriores reparaciones. Ni la historia ni la geografía pueden prescindir de ellos, afirma.

Un segundo hecho singular es que este libro, convertido en parte, a lo largo de su lenta gestación, por razones documentales, en un libro sobre Cristóbal Colón y las primeras navegaciones españolas y portuguesas a América (y en una discusión también sobre las verdades y mentiras de la trayectoria de Vesputio, más bien ocultaciones en la argumentación muy documentada de Humboldt) ha sido muy poco conocido en España y está mal integrado en la muy nutrida serie de los estudios colombinos, como tampoco lo está en los humboldtianos. La obra encuentra su

EXAMEN CRÍTICO DE LA HISTORIA DE LA GEOGRAFÍA DEL NUEVO CONTINENTE DE ALEXANDER VON HUMBOLDT ES UN LIBRO MONUMENTAL E INCOMPARABLE DE TREINTA AÑOS DE ELABORACIÓN.

argumento central en la influencia que pueden haber tenido en la gestación del proyecto colombino, directa o indirectamente, las geografías antiguas relativas a la existencia de otras tierras al oeste de Europa (Aristóteles, Eratóstenes, Ptolomeo, Estrabón, Plinio, Séneca, Plutarco, entre otros). Pero también analiza el desarrollo y el significado que la empresa colombina y las muchas navegaciones posteriores tuvieron en su época, y las consecuencias a las que dieron lugar.

Humboldt asume el hecho enunciado por D'Anville: el mayor de los errores de Ptolomeo,

el de la prolongación desmesurada de Asia hacia el oriente,⁶ condujo al mayor de los descubrimientos. Colón seguía en ello al geógrafo más reputado en su época, pero aumentó aun más los errores ptolemaicos siguiendo a Marino de Tiro y a Toscanelli, y añadió otro de su cosecha como creer que el mundo era pequeño, que la distancia de la península Ibérica al Asia de las especias, incluso en las desconocidas, temidas y tenebrosas aguas oceánicas, era manejable y navegable. De hecho, sus errores se tornaron en oportunidades y permitieron el descubrimiento.

Una exaltación de la idea del progreso del conocimiento

El *Examen crítico o Historia de la geografía del Nuevo Continente* es también una exaltación, muy propia de la Ilustración, de la idea del progreso del conocimiento, de su continuidad acumulativa, pese a las (quizá más aparentes que reales) tinieblas medievales, hasta culminar a finales del siglo XV en los grandes descubrimientos que levantan el velo del otro hemisferio y multiplican el mundo conocido, utilizando el autor la frase de Voltaire de que «Colón duplicó el ámbito de la creación». El sabio quiere probar a lo largo del libro que estos hechos, que suponen enormes progresos de la razón y de la acción, tienen sus raíces en los siglos anteriores, que hubo «continuidad de ideas, ligazón de opiniones [entre] el final del siglo XV y los tiempos de Aristóteles, Eratóstenes y Estrabón, a través de las supuestas tinieblas de la Edad Media». Estas, en efecto, no habrían tenido carácter general, algunos monasterios y colegios habían mantenido la continuidad del saber, una serie de conocimientos que enlaza, por ejemplo, en el siglo XIII a Alberto Magno con Roger Bacon, Duns Escoto y Vincent de Beauvais. Hay que tener en cuenta, también, la secuencia de viajeros asiáticos, los Giovanni Carpini, Nicolò

HUMBOLDT ASUME EL HECHO ENUNCIADO POR D'ANVILLE: EL MAYOR DE LOS ERRORES DE PTOLOMEO, EL DE LA PROLONGACIÓN DESMESURADA DE ASIA HACIA EL ORIENTE, CONDUJO AL MAYOR DE LOS DESCUBRIMIENTOS.

Ascelino, Guillermo de Ruburc o Rubruquis y, evidentemente, Marco Polo. Todos ellos, unos en mayor medida que otros, adquieren protagonismo en el libro, y a través de ello se trama con agudeza la historia del nuevo continente con la del viejo, la historia del descubrimiento con las ideas de abundancia y espacialidad atribuidas a Asia y tan apetecidas entonces.⁷

Otro argumento confiere aún más universalidad al libro. El siglo XV, siglo de activa energía en la persecución de un fin determinado, es ensalzado como «siglo de posición en la escala cronométrica de los progresos de la razón», escala en la que las edades de los historiadores pueden convertirse en artificiosas discontinuidades. Ese siglo, situado entre dos civilizaciones de distinto carácter, se presenta como un mundo intermedio que a la vez pertenece a la Edad Media y a los tiempos modernos. Y hay más: es un siglo, en que los grandes descubrimientos, las nuevas rutas, la intensificación de las comunicaciones y del comercio, las primeras conjeturas de una geografía de todos los climas y de todas las altitudes, de la geografía física de toda la tierra, habrían contribuido también, afirma Humboldt, a la expansión de la inteligencia por la ampliación del conocimiento, a la mutación de las leyes y costumbres políticas, a la reforma religiosa, a la emancipación del poder pontificio, finalmente al cambio general de las instituciones.⁸

Es tan audaz como inteligente la forma en que el autor sugiere la integración de los tres factores de progreso, la expansión marítima, el cuestionamiento de la autoridad pontificia y la reforma religiosa con las monarquías modernas. Humboldt adjudica pues al último tercio del siglo XV y a la primera mitad del XVI, una condición «epocal», ya que supone una aceleración de la historia, una «primera fase de globalización» (o mundialización),⁹ semejante a la que era consciente de haber vivido él entre finales del siglo XVIII con la Revolución Francesa y toda la primera mitad del XIX.¹⁰

Por las razones que luego comentaré, el autor prusiano considera el descubrimiento de Colón y la empresa que lo hizo posible, como una «conquista de la reflexión», pese a los errores (que acabaron jugando a su favor) y las ideas disparatadas y confusas del genovés al servicio de la corona de Castilla: que la tierra era más pequeña («enjuta») de lo que pensaba el vulgo; que el mar era uno; que Asia tenía mayor tamaño por el Este; que la esfericidad terrestre estaba ligeramente deformada en Occidente por un promontorio en forma de «pedúnculo de pera o pezón de mujer» (metáforas muy repetidas) donde radicaría el paraíso terrestre; que en el primer viaje se obstinó, probablemente por temor a lo estipulado en el tratado con Portugal, en seguir el rumbo de 28° N sin aprovechar el alisio que todavía no conocía; por no hablar de la extraña evolución del almirante hacia un creciente y fanático misticismo. «Murió sin saber lo que había hallado, pero fue una conquista de la reflexión» concluye el autor. Lo que le permite sostener de forma más o menos explícita que se puede comparar el descubrimiento del «nuevo mundo» con la revolución científica y técnica, de Leibniz o Newton o, a la inversa, que el genio de estos dio lugar a un «nuevo mundo» de la razón.¹¹ Para hacer justicia a Colón en relación con la

supuesta usurpación de Vesputio, Humboldt recupera la frase de Voltaire aludiendo a Newton en su disputa de cálculo con Leibniz: «La gloria pertenece al descubridor (los demás son discípulos)». ¹² Y no en vano recuerda también las palabras del filósofo francés: «Cuando Colón prometió un nuevo hemisferio, se le argumentó que no podía existir, y cuando lo descubrió se pretendió que ya se sabía desde hacía tiempo». ¹³

Ideas clave

(1) *Unus erat mundi duo sint, ait iste; fere*; es una inscripción que utiliza un bello verso improvisado por Gagliuffi,¹⁴ que al parecer estaba en los muros de Cugureo, uno de los lugares cercanos a Génova, que reclamaba, entre otros, la gloria de ser el lugar de nacimiento de Colón. Los descubrimientos de los siglos XV y XVI tienen la capacidad de entrar en la historia para cambiarla, de facilitar elementos de geografía física de todos los órdenes que, aunque dispersos, crean las bases de una nueva ciencia. Desde el viejo mundo se había llegado con anterioridad a América: el autor estudia con verdadero detalle en el libro 2 los viajes normandos y escandinavos a las costas de la Vinlandia de Terranova; también, habían llegado de América objetos y testimonios; por no hablar del superviviente de un viaje que podría haber antecedido a Colón.¹⁵ Pero, en todos los casos, se trataba de hallazgos que no tuvieron la facultad de entrar en la gran historia de la primera expansión europea. Además, Humboldt cree que la verdadera importancia del descubrimiento no se reduce al dominio espacial y científico, sino que reside «en los efectos intelectuales y morales que un engrandecimiento súbito de la masa total de ideas que poseían hasta entonces los pueblos de Occidente, ha ejercido sobre los progresos de la razón y en la mejora del estado social». (libro 3, cap. 8).

(2) «Las prácticas de pilotaje usadas en las grandes expediciones de Colón, Vasco de Gama y Magallanes, que tan inciertas nos parecen hoy, hubieran admirado, no diré ya a los marinos fenicios, cartagineses y griegos, sino incluso a los hábiles navegantes catalanes, vascos, venecianos y diepenses de los siglos XIII y XIV». (libro I Introducción). Si Colao de Samos había llegado hasta la península Ibérica y se tardó mucho en sobrepasar las torres de Hércules, el afán oceánico había logrado ya alcanzar las islas africanas occidentales y las propiamente atlánticas. Incluso se habían inventado otras que figuraban en los mapas. Los progresos náuticos, las cartas loxodrómicas o de rumbo fijo, como eran los portulanos, habían reducido los tiempos de navegación y se disponía también ya de las *Efemérides* de Regiomontano en sustitución de las *Tablas* de Alfonso X. Los portugueses habían aprendido a navegar el Atlántico, y habían comprobado al cruzar el ecuador que la zona considerada tórrida no lo era hasta el punto de impedir el poblamiento, como creían los antiguos. También los navegantes habían aprendido a manejar los vientos, utilizando según los casos los alisios y los terrales, más tarde la corriente del golfo como prolongación de la ecuatorial. Las embarcaciones habían mejorado: las carabelas, caracterizadas por un centro de gravedad bajo, eran más manejables, y podían llevar menos tripulación. Los instrumentos náuticos, aunque imperfectos, se incorporaban a la mayor parte de las flotas, brújulas (flamencas y genovesas), cuadrantes, ballestillas, astrolabios, más o menos rudimentarios, por lo que los pilotos aprendieron a medir la latitud, aunque desde el barco lo hicieran con dificultad y expuestos al error. Gracias a la influencia de la astronomía árabe en España e Italia, se atrevían a medir la longitud no sólo con los eclipses sino también con la conjunción de los planetas y la luna, aunque carecían de cronómetros, y tenían que contentarse con ampolletas o relojes de arena confiados a

unos grumetes que no ofrecían garantías. Los grandes navegantes, y Colón lo fue, sabían calcular la posición por estima, y la altura de las estrellas a ojo. Por eso, parece un «colosal error» como lo calificó Robertson, la latitud que calculó el almirante el 30 de octubre de 1492 (40° N). Aunque Comellas busca la explicación en la ballestilla, es evidente la impericia que todavía tiene el navegante, aunque también lo es que fue mejorando en cada viaje. Sus cálculos de longitud, valiéndose de los eclipses de 1494 y de 1504, fueron más aproximados, aunque no podía saber la diferencia de tiempo. Tampoco parece que Vespucio fuera mejor piloto, si es que lo llegó a ser, aunque su método de calcular las longitudes era correcto. En todo caso, piensa Humboldt, sobre lo que no merece la pena especular es sobre el repetido contrafactual de qué hubiera pasado si Martín Alonso Pinzón no hubiese marcado un rumbo más al sur poco antes de llegar a Guanahani: ¿hubieran llegado a las costas de Florida? ¿con qué consecuencias?

(3) Realizada la gran obra de la independencia peninsular con la caída del último reino de los moros, «la creencia religiosa que se confundía con la nacionalidad y se mostraba exclusiva e inexorable en su sistema de propaganda, imprimió carácter de rigor y severidad a la conquista de América». Para Humboldt los antecedentes militares e ideológicos inmediatos de las primeras instalaciones españolas en América se encuentran claramente marcados por la reactivación de la reconquista con la toma de Granada, donde tantos combatientes obtuvieron la hidalguía por sus hazañas y, con ello, marcaron un camino para la ascendencia social. Otro hecho determinante fue la rivalidad entre Castilla y Portugal por lo que se llamó Atlántico mediterráneo, limitado al principio por Bojador, Canarias y Azores, y objeto del Tratado de Alcáçobas y del de Tordesillas, después del descubrimiento de las Antillas. También, en su opinión,



habría influido la conquista de las Canarias que se planteó como continuación de la guerra de Granada tras las rebeliones de los guanches y, por ello, como guerra justa, aunque se advertía que los aborígenes no eran infieles, sino paganos. Como después en las Antillas, la reina se apresuró a prohibir la esclavitud por lo que la evangelización se hizo hasta cierto punto de forma más pacífica.¹⁶ Pero quizá el hecho más determinante para Colón y los primeros colonos, fue el estar familiarizados con la forma de ocupar y organizar Guinea por los portugueses y con la trata de esclavos negros, en la que participaban los florentinos desde Sevilla, empezando por Berardi, el patrón de Vespuccio. Apenas llegado a La Española, ya advertía Colón que no debía poner los pies allí nadie que no fuera buen cristiano, puesto que la finalidad era acrecentar la religión cristiana.

(4) Colón, concluye Humboldt de forma elocuente, «extendió a la vez, según la diversidad de las razas, la libertad y la esclavitud». La libertad, por ensanchar el conocimiento y

el comercio, como hemos visto. A la forma en que fue introducida la esclavitud en América dedica el autor un capítulo del libro.¹⁷ Al llegar a las islas, Colón comprueba que la economía de trueque que pensaba practicar no interesa nada a los aborígenes y funda una factoría en La Española, concebida enteramente sobre el modelo de la guineana de San Jorge de La Mina, que había sido establecida para el comercio del oro, pero que pronto se convirtió en puerto para la trata de esclavos. Conocida es la repugnancia que sentía la reina Isabel a cualquier forma de esclavitud de los indios, y cuánto instó al almirante a no reducirlos a este estado.

Los primeros años fueron titubeantes. El segundo viaje colombino fue ya un viaje de colonización masiva, con 1.000 hombres y 17 barcos, y desde entonces el respeto a los derechos personales fue sacrificado en aras de hacer más lucrativa la posesión de las islas y de utilizar el trabajo forzoso para los lavaderos de oro, pese al malestar de la Reina. Por un lado, los colonos se aclimataban mal y, por

otro, se mostraban cada vez más exigentes en cuanto al trabajo de los indios. El tercer viaje fue de cristianización y visto el mal gobierno de Colón, los Reyes enviaron como vicario a Fernando Boyl, secretario de Fernando de Aragón: retornó pocos meses después, enfermo y con desavenencias con la familia Colón. La situación empeoró con la licencia general para descubrir, promulgada en 1495, contestada por Colón, suspendida después, y decretada de nuevo con carácter más amplio en 1504. Se pagaban ya los ganados y las mercancías con esclavos y la doctrina pontificia acerca del linaje humano de los aborígenes no excluía en absoluto la esclavitud. Antes de que muriera la reina, había sido aprobada legalmente, y Fernando de Aragón, en lid con su yerno, se preguntaba «qué se podía hacer con la empresa de las Indias», ya que en los primeros años resultó realmente desconcertante para la Corona. Llama la atención del autor, en el apéndice que le dedica a Pedro Mártir de Anglería, lo poco que a este le preocupaba la suerte de los indios, y su enorme intolerancia religiosa, mientras que, en cambio, se escandalizaba del altísimo número de víctimas de la Inquisición.

Según Humboldt, América se despoblaba ya, y lo hacía, «no tanto por la trata, como por la introducción de la servidumbre, de los repartimientos de indios y de las encomiendas». Se estremece al pensar que, en su época, caracterizada por el progreso de las Luces y templanza de las costumbres, Estados Unidos consentía todavía legalmente la esclavitud y denuncia los actos violentos ocurridos en Haití. Hay que buscar, piensa el ilustrado, la libertad por la ley, el orden por la mejora de las instituciones.

(5) ¿Cómo se pudieron dar a lo largo de esta historia que es, en definitiva, una historia de éxitos, tanto desconocimiento mutuo, tanta rivalidad, tanto odio entre los protago-

nistas? La respuesta de Humboldt es muy clara, se mezclaban orgullos nacionales con rencores e inquinas personales: «En un trabajo [como este], los odios nacionales, el malvado placer que se saca de desacreditar al otro y, sobre todo, la falta de la buena crítica histórica, dan frecuentemente importancia a hechos no comprobados, a creaciones de pura conjetura». Al menos tres hechos intervienen: en un periodo con tantas empresas y posibilidades, la mayor parte de los que se creían en condiciones de emprender algo no tenían mucho escrúpulo en irse a servir al monarca o al comerciante rival. Colón, cuyo proyecto había sido rechazado por el rey de Portugal y que había firmado las capitulaciones de Santa Fe, volvió del primer viaje nada menos que por Lisboa, lo que le valió la sospecha de venta de secretos. Vespucio, cuando se va a Lisboa, dice que ha sido urgido por el rey portugués, cuando en realidad debió de hacerlo porque se negaba a los extranjeros el embarque en las expediciones americanas. Florentinos, genoveses, venecianos, todos llenos de propuestas y de empresas, nunca fueron bien aceptados en las cortes ni en las respectivas sociedades: la tripulación del primer viaje del descubrimiento confiaba más en Pinzón que en aquel genovés tan extravagante. Sebastian Cabot, el descubridor de América del Norte, también era mirado, en la corte inglesa, con suspicacia. Y a largo plazo, concluye Humboldt, en el caso americano, «los conquistadores de un continente tan rico en metales preciosos perdieron todo interés por los que abrieron el camino». (libro 4, cap. 1).

(6) En la última carta a su hijo Diego (1535) el almirante le habla de Américo Vespucio como hombre de confianza, encargado de los intereses de la familia Colón. Ya se había referido a él como persona de bien al que la fortuna le había sido contraria, como a otras muchas. Ya había vuelto Vespucio de su último viaje en 1501, por cuenta de Portugal (quizá el

único, pese a los cuatro que se atribuye). En la *Historia de la Geografía del Nuevo Continente*, Humboldt dedica los dos últimos libros a la consideración de todos los textos disponibles de Vespucio en sus distintas ediciones, en particular al curioso destino que tuvo su folleto *Mundus Novus* en el que se atribuye el haber recorrido la cuarta parte de la tierra (desde Lisboa hasta los 50°S). Stefan Zweig ha calificado de «maraña de casualidades, errores y malentendidos», las circunstancias que dieron lugar a que fuera Amerigo, y no Colón, quien diera su nombre a América, por cierto, según Humboldt, mediante un extraño uso geográfico de su patronímico.¹⁸

El riguroso examen historiográfico al que Humboldt somete toda la documentación le lleva a concluir de forma rotunda que en el «extraordinario y novelesco azar» del nombre de América, Vespucio no tuvo nada que ver, ni conocía a los creadores del nombre. Sí era responsable de las exageraciones contenidas en las cuatro o cinco páginas de ese *Mundus Novus*, inicialmente una carta a un Medici, que con gran velocidad empezaron a circular por Europa hasta llegar al *Gymnasium* de Saint Dié de Vosges en la Lorena. Allí caen en las manos de dos profesores del mismo, Waldseemüller y Rigmann que redirigen el texto en latín al gran duque del que dependen, sin duda con afán adulador. Es en la *Cosmographiæ Introductio* de ambos y en la edición del mapa de Ptolomeo que la acompaña donde aparece por primera vez en 1507 el nombre de América para las pocas tierras conocidas centro y suramericanas que se representan ya separadas de Asia.¹⁹

Hay un argumento sugestivo en el razonamiento de Humboldt respecto a este bautismo: los profesores de Saint Dié fueron conscientes de la preferencia del femenino para denominaciones geográficas importantes (Europa, Asia, África) pero no se atrevieron

a usar ‘Vespucia’, y optaron por el patronímico. Pero lo más importante es que el libro cuarto de esta obra contiene una historia fascinante de la circulación de escritos impresos, incluso hojas volantes como en esta ocasión, y de la propagación de noticias de los descubrimientos. ¿Por qué los geógrafos alsacianos conocieron el folleto de Vespucio y no los diarios de Colón, aunque sabían de sus viajes?²⁰ Está esbozada en el texto de Humboldt una fascinante historia de la edición y de la difusión en estos principios de la edad moderna, que falta por hacer una completa investigación. En todo caso, Vespucio queda exonerado del cargo de usurpación, aunque no de exageraciones y de esa autoatribución de haber recorrido la cuarta parte de la tierra. No fue él quien introdujo América en la historia. En este gran debate de varios siglos, concluye Humboldt, habría intervenido más que la fama y reputación de Colón y Vespucio, el orgullo de las naciones.

(7) Las tradiciones geográficas se confunden, pero sobre todo «en las crónicas de los viajeros, las ficciones se mezclan con los recuerdos de los descubrimientos reales y positivos». Por una parte, se confirma que, al hacer historia, hay que tener también en cuenta los mitos, las leyendas, los hallazgos frustrados, las ideas falsas estereotipadas: constituyen, ya se dijo, el almacén de las viejas cosmografías. Pero, por otro lado, resulta divertido ver con qué insistencia el viajero Humboldt,²¹ tan célebre por sus expediciones, se cuida mucho de no hacer un libro de viajes, convencido de que en estos se confunden los pequeños incidentes que le ocurren al viajero con los hechos relevantes, y se pierde el orden de prioridad y de jerarquía.²² Ya sabemos que la *Relación histórica* no quiere ser el libro del viaje a América de Humboldt y Aimé de Bonpland entre 1799 y 1804, y aun menos lo es el carnet del viaje a Italia. En *Examen crítico*, insiste en varias ocasiones en la misma idea, por ejem-

plo, a propósito del viajero Niccola da Ponti, al que supuestamente el Papa le perdonó la apostasía a cambio de que contara con detalle su viaje. Dice: «Como yo pertenezco también a la clase de los viajeros, no examinaré imprudentemente si, al imponer tal penitencia, hubo más malicia que benignidad. Se concibe que la lectura de ciertos viajes pueda imponerse como ruda expiación». Salvo que se cuente bien la verdad y no se confunda lo que se ha visto con lo que le han contado. Añade el autor en una nota que, muchos años después de la muerte de Marco Polo, muchos le seguían ridiculizando en los bailes de máscaras instándole a que contara cosas extraordinarias.

(8) En la opinión de Ottmar Ette, *Examen Crítico* que culmina la obra americana de Humboldt, se erige en «la clave de bóveda más adecuada para comprender su obra completa». Es una obra a disposición de la cual puso una enorme cantidad de energía. Es una descomunal reunión de libros, documentos, comentarios, manuscritos, mapas, crónicas de viajes, pesquisas etimológicas, informaciones astronómicas, geológicas, botánicas, zoológicas, sobre todo cosmográficas, a la que el autor se permite incorporar autocorrecciones y abrir diálogos entre unas y otras obras, entre la mitología clásica y la moderna, entre los mitos americanos y los europeos, entre los mitos y la ciencia. Constituye un producto monumental que resulta de la personalidad explosiva del autor. Cuando habla de América está casi siempre hablando al mismo tiempo de Asia, del mismo modo que cuando escribe sobre Asia Central también se refiere de modo permanente a América. En este sentido cobra significado la expresión de Ette, de que es esta una obra «entre-mundos», que no solo es transdisciplinar, sino también transareal, transregional, transcultural. Desde luego, un libro a la vez de la naturaleza y de la cultura, y con una idea central: «la historia, una y otra vez, es invadida por la invención».

(9) A Mme. de Staël que, exiliada en Roma se quedó expresamente para conocer a Alexander von Humboldt en 1805 y paseó mucho con él, le bastan unas líneas para sintetizar las ideas del naturalista en aquellos años. «Viajero Humboldt. Plantas sociales en Europa donde los pinos y los robles se reúnen. Diversidad de formas en América. Relación de esas formas con el alma. Geografía de las plantas que solo viven a un determinado grado de temperatura, y sobre todo, como en el Vesubio, a una determinada altitud». Esa capacidad de relacionar forma y sujeto es lo que habían apreciado también en él Goethe (que creó la palabra morfología) y Schiller.²³ Cuando el científico se volcó más en los estudios de geología, geografía física y climatología comparada, ambos le reprocharon escatimar algo sus valoraciones y sus emociones ante el paisaje, que no se prodigara en escribir y reproducir más cuadros de la naturaleza.

A la búsqueda siempre de casos locales que, por su singularidad, constituían pruebas de las leyes generales de la naturaleza, quedan del científico el esfuerzo por comunicar una visión integral de la misma, pero también hallazgos y denominaciones consagrados, como el del Macizo Central Ibérico o Meseta, que aparece continuamente en sus escritos, y la denominación de Asia Central con su distribución regional. Quedan también sus estudios geológicos comparados mostrando las semejanzas de rocas en el centro de los macizos y los parecidos tectónicos; su concepción de la geografía de las plantas y de la distribución de los seres vivos; el reconocimiento de la unidad de la naturaleza al incorporar el conocimiento de la americana; la transmisión de los cuadros de la naturaleza como verdaderos paisajes. Pero lo que dominó la primera mitad del siglo XIX fue su extraordinaria forma de reflejar en gráficos, cartografías y dibujos sus múltiples observaciones comparadas. El *Naturgemälde* de la *Geografía de las Plantas*

es la prueba, una de las contribuciones cuya importancia no decae. A todo ello hay que sumar, la fundación de una geografía histórica, basada en el análisis filológico, cartográfico, documental, en la contrastación de las ideas y los hechos. Para muestra, el libro objeto de este comentario.

En cambio, el silencio se ha impuesto sobre su contribución a la biología evolutiva. Darwin había quedado deslumbrado en su juventud por Humboldt hasta el punto de llevar en el *Beagle* la *Relación Histórica*; más tarde, cuando le conoció, se sintió algo decepcionado y criticó su excesiva propensión a hablar.²⁴ En el libro de Stephen Gould sobre la historia de la biología evolucionista el nombre de Humboldt no es mencionado ni una vez.

(10) Se advierte que mucho de lo dicho hasta ahora, que está en el *Examen Crítico*, no está en los libros más recientes que han aparecido en 2019, con motivo de los 250 años del nacimiento del viajero y escritor prusiano. Se repite ahora, en cambio, que fue el precursor de la ecología, que tuvo una gran sensibilidad ambiental, lo cual es cierto, y que fue el primero en anticipar el cambio climático causado por la acción humana. En el valle de Veragua (Venezuela) comentó, en efecto: «[los hombres], al suprimir los árboles que cubren las laderas de las montañas, preparan dos calamidades a la vez para las generaciones futuras en todos los climas: la necesidad de fuentes de energía y la falta de agua». No fue ni el primero ni el único en comentar el hecho de la deforestación en la primera mitad del siglo XIX, quizá sí, el que tenía más autoridad. En todo caso, debe constar que en esto también el sabio se mostró fiel a Colón, o a la idea que se había forjado de él, hasta el punto de atribuirle la primacía de la observación. En el primer libro de su *Asia central*, señala: «Debido a la destrucción de una parte de sus bosques, ha disminuido de facto la

Alexander von Humboldt



humedad en Haití y hay que reconocer que este efecto fue pronosticado por el hombre extraordinario que, a la vista del Nuevo Mundo, supo elevarse a los grandes conceptos de física general, a las ideas adecuadas sobre los climas, la forma de los continentes, las corrientes del Océano y las variaciones del magnetismo terrestre».

Ha dicho Jorge Cañizares, tratando de reconducir el éxito del libro de Andrea Wulf sobre *Humboldt y la invención de la naturaleza*,²⁵ que resulta muy difícil que la academia angloamericana reintroduzca a Iberia en los orígenes de la modernidad científica y técnica. Sin embargo, como se muestra en este libro, el culto por lo empírico, los progresos de la cartografía y de la náutica, la negación de los antiguos por la vía de los hechos, hablan suficientemente de la presencia ibérica en esa primera revolución científica. El sabio prusiano especifica bien lo que significó, por ejemplo, el padre Acosta en sus muchas facetas científicas, incluida la biodistribución vegetal; sin embargo, en la traducción inglesa de

su *Historia Natural* se le presenta como humanista exclusivamente, no como naturalista. También son muchos los estudios que han mostrado hasta qué punto hubo conversación científica entre Humboldt y naturalistas locales, Caldas, Mutis, y muchos otros, en especial mejicanos, en suma, con la ciencia criolla. No pertenece ya esto al horizonte del libro que comento, pero no cabe duda de que en él se encuentra la mención explícita de muchas referencias ibéricas de carácter científico.

(11) *Christophorus quidam Colonus, vir ligur*, dice Pedro Mártir de Anglería, en una carta de mayo de 1493 en que anuncia el descubrimiento. Humboldt se asombra y se escandaliza: «¡un tal Cristóbal Colón! [cuando le conocía desde antes de la toma de Granada]». Añade que es similar lo que le pasó a Plutarco: la celebridad ya adquirida y la larga vida del más popular de los prosistas griegos no le impidió sufrir el *nescio quis Plutarchus* de Aulo Gelio. «Una persona que nadie conocía», habría dicho también un testigo del proceso del fiscal contra Diego Colón, refiriéndose a la etapa en La Rábida del futuro almirante.

Qué lejos habían quedado, cuando Humboldt escribe el *Examen crítico*, los momentos de juventud, de exaltación, de poder y de gloria. Un periódico de Londres que dedica a la obra una reseña crítica alaba su enorme curiosidad, pero le reprocha la falta de elaboración final del libro y advierte que al autor no se le oculta «la desproporción entre la vida humana y la escala de sus trabajos».²⁶ Esa desproporción existió y este libro es una prueba de ello.

En una de las frases más emocionantes del libro el autor confiesa: «Una de las grandes miserias de la vida es llegar a la edad en que quedan los deseos, cuando hace tiempo que han desaparecido las ilusiones que crean las esperanzas».

NOTAS

¹ En 1836 empezó a publicarse la edición alemana: *Kritische Untersuchungen über die historische Entwicklung der geographischen Erkenntnisse von den neuen Welt und die Fortschritte der nautischen Astronomie in dem 17^{ten} und 16^{ten} Jahrhundert*, traducido por Julius Ludwig Ideler (1806-1842), hijo del famoso Christian Ludwig Ideler, especialista en los sistemas cronológicos de la Antigüedad y gran amigo de Humboldt. Esta versión alemana ha sido reeditada en 2014 por Ottmar Ette, profesor de la Universidad de Postdam y gran estudioso de Humboldt. Existe también una edición italiana de Claudio Greppi: *L'invenzioni dil Nuovo Mondo. Critica de la conoscenza geographica*, Nuova Italia, 1992. En España existía solo hasta ahora una edición incompleta y modificada con el título de *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América* traducida por D. Luis Navarro y Calvo, publicado en 1892 por la Librería de la Viuda de Hernando.

² Ette utiliza la expresión: "Entre-mundos: vías de Alexander von Humboldt hacia la conciencia universal", *Internationale Zetschrift für Humboldt Studien*, Humboldt im Netz, HiN, 19 (2009), pp. 19-33.

³ Con la excepción del árabe: las muchas referencias a geógrafos, cartógrafos y viajeros árabes se hacen en las lenguas de traducción. Humboldt estaba poseído por el «furor de la lectura y de la escritura», dice Ette. En cada libro se van incluyendo nuevas lecturas, hace a veces interpretaciones de las anteriores, se entretienen unas con otras y no faltan autocorrecciones. Ette habla de «escritura dialógica», en diálogo con sus muchas lecturas. En lo relativo a las lenguas, en el libro de Asia se ufana de que su hermano Wilhelm supiera chino y también muchas de las lenguas primitivas de América. Como veremos luego, Humboldt está convencido de la necesidad de las lenguas para desentrañar la historia de la geografía física y cultural.

⁴ Humboldt, A. de: *Examen crítico de la historia de la geografía del nuevo continente. Colón, Vesputio y su época*. Edición completa en cinco libros, corregida y anotada a partir de la traducción incompleta de 1892. Editorial Docecalles, Aranjuez 2021. Las críticas a la forma de escribir de Humboldt fueron ya hechas por sus contemporáneos. Su gran amigo matemático y físico, François Arago, a quien había dedicado su primer libro, *Ensayo sobre la Geografía de las Plantas* (1805), y a quien dedica también este, «como homenaje de amistad y de devoción inalterables», le reprochó en una: «Humboldt, no sabes cómo se escribe un libro. Escribe sin límite. Pero lo que consigues no es un libro, sino un retrato sin marco» (cit. por Claudio Greppi, *Humboldt. Ritratto*).

⁵ Debe subrayarse esto porque es poco frecuente estudiar a Alexander von Humboldt como historiador, y aun menos como fundador de la geografía moderna, pese a que su primera gran obra en 1805, todavía esencial, lleva el nombre de *Ensayo sobre la geografía de las plantas*. El libro del autor, anterior al comentado, *Asia Central*, es indiscutiblemente un libro de geografía regional a partir de la general. También, de la distribución de los climas según latitud y altitud. En él hay frecuentes comentarios (que

hoy llamaríamos protoambientales) sobre la influencia de la deforestación en el calentamiento.

⁶ El primer error de Ptolomeo, que le llevaba a equiparar la distancia de Portugal a China por el Este y por el Oeste, era su mal cálculo del Mediterráneo: desde las Columnas de Hércules (Gibraltar) al Líbano 61º grados, cuando en realidad son 41º. Ptolomeo, que fue la autoridad clásica más respetada en el Renacimiento, había asumido el cálculo de Posidonio de la circunferencia de la Tierra (180.000 estadios) prescindiendo del de Eratóstenes (248.000 estadios) que era, con mucho, el más ajustado, con independencia ahora del tamaño de los estadios. Estimaba también mal la tierra emergida, en 180º, aunque no tan grande como Marino de Tiro, en 220º. Toscanelli y, con él, Colón redujeron aún más el tamaño del océano, dejándolo en 77º. Colón calculaba en 4.450 km y 6.575 km respectivamente la distancia a Cipango (Japón) y Catai (China). Como comenta José Luis Comellas, se da la circunstancia de que la distancia calculada por Colón para Japón fuera justo la que había hasta Haití (Comellas, J.L.: *El cielo de Colón, Técnicas navales y astronómicas en el viaje del Descubrimiento*, 1991, ed. actualizada, Sevilla, 2015.).

⁷ Gil, Juan: *Mitos y utopías del Renacimiento*. 1. Colón y su tiempo, 1ª ed. 1989, 2ª ed. 2017, Sevilla, Athenaica.

⁸ «La ininterrumpida serie de descubrimientos geográficos, producto de una noble comunidad de inspiración y de arrojo de portugueses y castellanos, y la lucha, tan larga como sangrienta, por la reacción de la reforma religiosa y por los movimientos políticos encaminados a refundar las instituciones sociales, han preocupado sucesivamente los ánimos, dando a determinados períodos especial fisonomía». (Humboldt, *Examen*, Prólogo libro 1.)

⁹ Ette, ob. cit., p. 19.

¹⁰ Sobre el paralelismo entre la época de los descubrimientos y la suya, y entre la parte reflexiva y programada del viaje de Colón y el suyo propio, se ha sugerido que si leemos a Humboldt como él leyó a Colón, nos encontraremos con su propia metáfora.

¹¹ El otro nuevo mundo de Leibniz y Newton podría parecer mayor que los descubrimientos geográficos, pero (no lo es) cuando estos se refieren a todo un continente. «Apelo a esta renovada lucha de prioridad en nuestros días, al descubrimiento del *análisis trascendente*, de este otro *nuevo mundo* debido al genio de Newton y Leibniz. La filosofía asigna, sin duda, a estas nobles revelaciones de la inteligencia humana, a las *fluxiones* y al *cálculo diferencial*, un rango superior al que pueden tener los descubrimientos geográficos, frutos del azar o de una intrépida perseverancia; pero cuando estos últimos abarcan un continente completo o establecen la superioridad de los pueblos occidentales en todas las partes del mundo marítimo, entonces, por su extensión y por sus efectos, merecen las fatigas de una escrupulosa investigación».

¹² Voltaire, *Essai sur les mœurs, Œuvres complètes*, 1785: «La gloire, comme dit Newton dans sa dispute avec Leibnitz n'appartient qu'à l'inventeur, ceux qui viennent après ne sont que des disciples».

¹³ Voltaire, *ibid.*, Garnier, 1878, p. 378.

¹⁴ En el anexo al libro 3: «Lugar de nacimiento de Colón». También lo cita Charles Dickens en *Historia de los Viajes y de los Viajeros*.

¹⁵ Manzano, Juan: *Colón y su secreto*, Madrid, 1976.

¹⁶ Céspedes del Castillo, Guillermo: «La reina Isabel y la navegación del Atlántico», en Suárez Fernández, Luis (coord.): *Isabel la Católica, vista desde la Academia*, Madrid, RAH, pp. 217-241. Véase p. 233. También Rumeu de Armas, Antonio: *La política indigenista de la reina Católica*, Valladolid, 1969, *passim*.

¹⁷ El texto anterior más conocido de Humboldt contra la esclavitud en que pide su abolición está en el *Ensayo sobre la isla de Cuba* (1826). Pero también en la *Relación* hay páginas muy evocadoras, por ejemplo, el escándalo que le causa durante el primer día en América una danza de esclavos en Cumaná.

¹⁸ «Se puede decir sin exagerar que nunca un escritor se ha hecho tan famoso con una obra tan exigua» Zweig, S., *Américo Vespucio. Relato de un error histórico*, 1944, ed. 2019, p. 43. Según el autor, Amerigo sería un derivado románico de Amalric y el nombre sería, pues, de origen germánico.

¹⁹ No es el caso de las norteamericanas descubiertas por Cabot, que siguen en el mapa continuas a Asia.

²⁰ La carta del almirante a Luis Santángel había sido traducida al latín desde 1493 por Aliando de Cosco, y ampliamente difundida (siempre hablando de islas descubiertas más allá del Ganges) Pero parece que en los primeros años tuvo más difusión en Italia y Europa mediterránea que en Francia y Alemania.

²¹ En la *Relación* habla de su «su extrema repugnancia a escribir la relación de mi viaje». Afirma Oliver Lubrich (2003) que la *Relación histórica* es «un complejo híbrido de diversos discursos científicos, documentación de datos empíricos, diario personal y relato de viaje tradicional».

²² En *Asia Central* solo se permite este comentario de carácter personal: «Al sur de Barnaul y del desierto de Baraba, a pesar de llevar máscaras de alambre, durante los cálidos días del verano de Siberia, sufrí mucho más con las picaduras de los moquitos que en las orillas del Orinoco» (libro 1 p. 80)

²³ El texto de Mme. de Staël se encuentra citado por Bourguet en el *Carnet de Voyage en Italie*. Goethe, que había compartido con Humboldt la «morfología», ya se mostró crítico con el libro previo a Asia Central: *Fragments de la géologie et de la climatologie asiatique*, Paris, 1831. Véase Wolf von Engelhardt: «Goethe und Alexander von Humboldt – Bau und Geschichte der Erde», *HiN*, II, 3 (2001).

²⁴ Véase Claudio Greppi, *Alexander von Humboldt. Ritratto. Nueva Informaciones bibliográfica*.

²⁵ Cañizares Esguerra, Jorge. 2019. «Humboldt y el colonialismo epistemológico en la invención de la naturaleza de Andrea Wulf». On line 2021.

²⁶ *Athenum Journal of Literature, Science and fine Arts*, Londres, 1839, 625, pp. 787-789.